

José M. Castillo



memorias

VIDA Y PENSAMIENTO

Prólogo de Pedro Miguel Lamet

Desclée De Brouwer

José M. Castillo

memorias

VIDA Y PENSAMIENTO

prólogo de Pedro Miguel Lamet



Desclée De Brouwer

© José María Castillo 2021,
© Editorial Desclee De Brouwer, S.A. 2021
Henao, 6 - 48009 - Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3144-0

Depósito Legal: BI-00771-2021

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Impreso en España - Printed in Spain

Prólogo	11
1. En eso no se piensa	19
2. Los años de las guerras	23
3. Mis dos ingresos en los jesuitas	29
4. ¿Una vocación equivocada?	33
5. Los estudios eclesiásticos	37
6. Cura de pueblo	43
7. Novicio por segunda vez	49
8. El delito de pederastia	53
9. Dos años estudiando en Roma	57
10. El primer cambio profundo	63
11. La teología en Granada	69
12. Vinieron los problemas	75
13. Un giro decisivo en mi vida	81
14. De la Chacra a la Dimas Rodríguez	91
15. De Janssens a Sosa	97

10 José M. Castillo. Memorias. Vida y pensamiento

16. Pagando el precio	103
17. La teología en la Iglesia	111
18. La espiritualidad	121
19. Una teología del pueblo y para el pueblo	127
20. Libros, censuras y censores	135
21. Teología y vida	143
22. Enseñar y aprender	153
23. Colaboración con la Universidad de Granada	165
24. Publicaciones	173
25. Teología popular y teología de sabios	185
26. Comunidades cristianas populares	191
27. La segunda salida	195
28. ¿Laico o jesuita arrepentido?	207
29. Vivir el Evangelio	211
30. La humanización de Dios	221
31. La Iglesia	227
32. Por un futuro mejor	241
33. El papa Francisco	265
34. El futuro previsible	277

LA FUERZA PROFÉTICA DE LO DÉBIL

prólogo

Amigo lector: tienes entre las manos la confesión de un profeta de nuestro tiempo, y, como tal de un hombre rompedor, libre, molesto para unos, providencial para otros, que a sus noventa y dos años de vida escribe sus memorias sin tapujos, con humildad y osadía, gracias a una prodigiosa mezcla de vida y pensamiento, que constituye todo un alabonazo a nuestra sociedad y sobre todo a la Iglesia católica a partir de la centralidad del Evangelio.

Probablemente él no lo recuerda, pero yo conocí a José María Castillo en los años sesenta, en plena fiebre posconciliar. Yo era un anónimo estudiante de Filosofía con poco más de veinte años de edad en Alcalá de Henares, y él un joven sacerdote de la Compañía de Jesús de treinta y tres, que tenía tanta confianza de los superiores como para darnos Ejercicios Espirituales a una comunidad de alevines. Entonces yo ignoraba que se encontraba en su segundo intento de ser jesuita, ya que del primero tuvo que desistir por enfermedad. Lo que puedo decir es que la palabra de aquel hombre delgado y espiritual me sedujo hasta tal punto de que decidí ir a verle y le confié mi interioridad, incluidas mis debilidades más íntimas. Quizás porque me inspiraba confianza.

Luego como director del semanario *Vida Nueva* pude seguir todas sus vicisitudes y conflictos para informar a mis lectores, admirando siempre su profundidad teológica, pero sobre todo su gran libertad de con-

ciencia. Posteriormente hemos coincidido en varios cursos y congresos y él ha tenido la sencillez de asistir a mis conferencias y presentaciones de obras, siempre que he ido a Granada, con la delicadeza de incluso comprar mis libros, que es el mejor homenaje que se puede hacer a un autor. En esos encuentros siempre le repetía una y otra vez: "Tienes que escribir tus memorias, Pepe. La experiencia de tu vida es un tesoro que debes compartir".

Pues bien, aquí tiene el lector finalmente esas Memorias. Él afirma al presentarlas que no es una autobiografía. Así es, y no podía ser de otra forma en un hombre cuya vida se entrelaza de tal manera con su pensamiento que una no puede entenderse sin el otro, ya que cabeza y corazón están en este caso en perfecta simbiosis. No se trata pues de una autobiografía, pero sí de alguna manera un autorretrato.

¿Cuál es el perfil humano e intelectual que emerge de este libro? Un pintor habría utilizado colores pálidos para trazar suavemente un rostro entre frágil e inteligente, solitario y cordial, humilde y respondón. Pero esa es solo la apariencia. Pepe Castillo es mucho más. Pueblo pequeño, escasez de la Andalucía oprimida, guerra y posguerra, franquismo y transición; Trento y Vaticano II, le configuran como marco político y vital. Un rasgo de sus comienzos me ha emocionado especialmente, su confesión de que de niño fue pastor literal de ovejas. Cuenta que durante años le dio vergüenza relatar esta vivencia infantil. Pero no solo es hermosa esa conexión primitiva con la naturaleza y la imagen bíblica del pastoreo, sino que viene a simbolizar lo que va a ser el eje de toda su vida: la centralidad del Evangelio como columna vertebral de su actividad teológica.

Como en una película hay secuencias que se alternan en su relato: el proceso de ir descubriendo al verdadero Dios contra la falsa religión en su hijo, Jesús de Nazaret, y, como en un salto continuado de obstáculos, superar los escollos que le irá poniendo la Iglesia institucional o real. Sobre el sustrato de una psicología frágil y sensible, como él mismo

confiesa que es la suya, eso ha supuesto tener que afrontar muchas noches oscuras, incomprensiones, soledad e incluso tener que superar en varias ocasiones la depresión. Pero nunca ha claudicado en su lucha hasta alcanzar la libertad e incluso, en la medida que es posible en este mundo, la felicidad.

En este proceso ha estado muy presente la Compañía de Jesús. Yo creo que en cierto modo ser jesuita imprime carácter. Con sus defectos –entre ellos cierto orgullo corporativo–, la orden que fundó san Ignacio no deja indiferentes. De los muchos ex jesuitas que he conocido pocos no sienten cierta añoranza, y la mayoría asegura que la experiencia a fondo de los Ejercicios ha marcado para siempre su vida. Lo curioso de Castillo es que, a pesar de que abandona dos veces la Orden, le mantiene tal gratitud y aprecio que dedica a la Compañía este libro y le atribuye muchos de sus logros de formación y vivencia. También con el detalle de encargar a un jesuita este prólogo. Como novelista y biógrafo he llegado a la conclusión de que una de las cualidades más destacadas de la Compañía, sobre todo los últimos tiempos, es su flexibilidad y tolerancia para albergar entre sus filas hombres tan distintos como Teilhard de Chardin y Karl Rahner, Gerald M. Hopkins y Carlo María Martini, generales como Janssens y Arrupe, y entre los españoles singularidades tan acusadas como los padres Llanos y Díez-Alegría. De estos dos grandes hombres, como Castillo, libres, proféticos y rompedores, he escrito biografías documentadas. La de José María Díez-Alegría la titulé *“Un jesuita sin papeles: la aventura de una conciencia”*. Precisamente por su objeción de conciencia Alegría tuvo que abandonar legalmente la Orden, aunque el simpar Arrupe, entonces superior general, le permitió seguir viviendo como un jesuita más en casas de la Compañía. No sé de otro instituto eclesial que haya tenido un gesto de este calibre.

A este respecto Pepe Castillo me ha contado una anécdota en su encuentro con el papa Francisco, cuando le invitó a una audiencia en Roma. Después de haberle hecho varias de esas llamadas telefónicas que suele

hacer a algunas personas por sorpresa, el ex jesuita granadino le dijo al papa jesuita argentino: "Convéznase, santidad, los dos somos jesuitas sin papeles", lo que desencadenó un torrente de risas en el Papa. Castillo resume así lo mejor que sacó de sus dos noviciados, lo que "hay en la base y fundamento de mi vida es una *experiencia-clave*, que se mantiene firme en mí, tal como yo la siento, la percibo y es el motor de lo que hago y deseo seguir haciendo, hasta el final de mis días. Es la experiencia de Jesús, el Señor de mi vida, tal como lo he encontrado en el Evangelio".

Otro punto es su experiencia humana e intelectual en los centros de estudio donde ha ejercido su profesorado como Córdoba, Granada, Roma, El Salvador y otros muchos lugares. De ello afirma: "Esta Iglesia, a la que tanto debo, es la Iglesia que vive en una enorme y palpable contradicción. Es la contradicción que consiste en que la Iglesia enseña (o pretende enseñar) exactamente lo contrario de lo que vive. Y es el "clero", lo digo sin rodeos, el que lleva la batuta de esta enorme orquesta ruidosamente desafinada". Particularmente sensible a las contradicciones, estas estallan en su vida cuando se le prohíbe enseñar en Granada y al mismo tiempo se le admite, e incluso se le anima, a hacerlo en la UCA de San Salvador. "¿En Granada yo era peligroso y en El Salvador no lo era? ¿Cómo se explica esta contradicción?". ¡Por lo visto la razón formal es que la de Granada era facultad eclesiástica y la de San Salvador civil! Como si la verdad dependiera de etiquetas.

En este sentido hay en estas memorias confesiones importantes, como su pasión por la libertad profética de Pedro Arrupe, que le trató con gran comprensión y delicadeza, o las confidencias de su sucesor en el generalato Adolfo Nicolás, que al despedirse le dijo: "Reza mucho por la Iglesia; porque más bajo de lo que ha caído, ya no puede caer". Castillo se atreve a decir que Wojtyla y Ratzinger, "aunque hombres muy distintos, cada uno a su manera, le dieron más importancia a la fiel observancia de la Religión que a la presencia del Evangelio en la vida de los individuos y de la sociedad".

Sea como fuere la trayectoria teológica de Pepe Castillo, insuflada de una enorme cultura y cientos de libros asimilados y otros escritos por él, es una continua superación de censuras y de problemas de libertad de cátedra. Llega a afirmar que la Teología es “un saber sometido a censura”. Su clave para entenderla es la encarnación como humanización de Dios. Por eso afirma en una estrecha unión de inmanencia y trascendencia: “Si luchamos en serio por ‘humanizar’ esta sociedad y este mundo, entonces y solo entonces, podremos pensar en serio que estamos luchando por ‘divinizar’ nuestra existencia”. Para señalar lo que distingue a un cristiano del que no lo es, afirma que se produce cuando “solo queda en pie el amor, la bondad y el comportamiento que cada cual ha tenido en su vida con sus semejantes”.

Muy esclarecedor es el capítulo 28, titulado “¿Laico o jesuita arrepentido?”. De pronto se descubrió viejo y libre por primera vez, en el sentido de no estar atado para realizar lo que uno quiere hacer. Esto le supuso vivir contrastes, como tropezarse con gente que le felicitaba y otros le evitaban, como aquel que se escondía detrás de un libro para no saludarle. Pero lo mejor es su conclusión: “¿Laico o jesuita arrepentido? Ni lo uno ni lo otro. Yo quiero creer en Jesús, buscar –en Jesús– a Dios. Y para alcanzar mi búsqueda, hacer lo que hizo Dios. O mejor –para hablar con precisión– intentar hacerlo. Que es, ni más ni menos, hacer lo que hizo Dios: “encarnarse”. Es decir, “humanizarse”: *La Palabra se hizo carne*. Dios se “humanizó”. Siendo profundamente humanos, así es como encontramos a Dios.” O lo que le dijo Adolfo Nicolás en Roma: “Me alegra que te hayas salido de los jesuitas. Porque te conozco. Y sé que, tal como piensas y te comunicas, tú no podías ser feliz en la Vida Religiosa. Y no olvides que venimos a este mundo para ser felices. No para vivir siempre contrariados”.

Castillo piensa que el problema del hombre es Dios, y solamente en el Evangelio en Jesús, algo que en su opinión la Iglesia ha olvidado, volvemos a la centralidad. “Hizo falta pasar por la crisis religiosa, que

provocó la Ilustración, para darnos cuenta de que a Dios no lo conocemos. Y ahora, que hemos entrado, en picado, en la crisis de la Religión y de Dios, empezamos a tomar conciencia de que al Dios trascendente solamente podemos conocerlo en la humanización de Dios, tal como lo vemos y lo palpamos en el Evangelio, en la vida y en las obras de Jesús". De ahí la importancia que el profesor Castillo concede al Dios humanizado, que ve como única vía de hacer presente a Dios en nuestro lacerado mundo, y para la Iglesia que esté centrada en el Evangelio, porque "una Iglesia empeñada en observar fielmente la Religión es una institución que vive y comunica un Evangelio falsificado".

Pepe declara en este libro su amor a la Iglesia, "pero precisamente porque la quiero tanto, por eso no me puedo callar lo que yo veo como el fenómeno de fondo que ha desquiciado lo que quiso Jesús, mi verdadero Señor, cuando se despojó de todo rango y dignidad, de toda posesión de bienes y grandeza". Por eso la Iglesia no tiene futuro si no es desde el seguimiento de Jesús y recuperando como centro el Evangelio. En su opinión lo que la gente de hoy rechaza de la Iglesia no es la "maldad", sino la "mentira", la contradicción entre lo que predica y lo que vive, y será creíble cuando sea capaz de romper las fronteras discriminatorias entre el clero y el laicado, el hombre y la mujer, y no convierta los ritos en una forma de liberarse de los miedos o de enorgullecerse como el fariseo frente al pobre publicano.

Con este pensamiento la irrupción del papa Francisco en estos últimos años del teólogo Castillo ha sido capital. Pocos días antes de que Benedicto XVI presentara su dimisión, el padre Adolfo Nicolás le hizo esta confesión en Roma: "Ten en cuenta que la Iglesia lleva más de treinta años sin gobierno". Y añadió: "Juan Pablo II se ha dedicado a viajar por el mundo. Y Benedicto XVI ha ocupado su tiempo leyendo libros de alta especulación filosófica y teológica, a lo que añade la música clásica, que le encanta". ¿Quién gobernaba la Iglesia? Responde Nicolás: "Los cardenales, que presidían los distintos dicasterios de la Curia Romana. Cardenales que han

gobernado en una auténtica lucha entre ellos. Y así está la Iglesia". Pepe reconoce que el papa Francisco es muy sencillo, pero al mismo tiempo difícil de entender. Él lo cifra todo en su bondad, "la fuerza más poderosa que tiene el ser humano", junto a la valentía al atreverse a denunciar los desafueros de la sociedad actual y la propia Iglesia.

Pero quizás lo más impresionante fue la manera que el papa Francisco tuvo de recibir a José María Castillo y a Margarita, en cuya casa vive actualmente el teólogo en compañía de los hijos de esta. No deja de ser sorprendente que todo un papa invite a un ex jesuita con su compañera a la eucaristía, que a ambos les dedique un rato para charlar, y que al despedirse le diga a esta señora: "Cúidelo, Margarita, la Iglesia lo necesita". "Naturalmente –comenta Castillo–, aquello fue, no solo anular lo que motivó mi salida de la Compañía de Jesús, sino sobre todo reconocer mi servicio a la Iglesia. Y mi utilidad en ella". ¡Qué diferencia de los que le daban esquinazo cuando se lo encontraba en la calle por "haber colgado los hábitos", como se decía antes"!

Una muestra más de cómo es Jorge Mario Bergoglio papa. Mi tesis se basa en que entre el cardenal de Buenos Aires y el Papa hay una especie de conversión o "despertar" –"iluminación" lo llaman los orientales, "ilustración" san Ignacio–, entre un hombre sin duda sobrio y santo, pero serio, a un pastor buena-noticia, alegre que invita a vivir con gozo la solidaridad y la esperanza. Cuando me preguntan si el Papa es de izquierdas o derechas, conservador o progresista, suelo responder que ni lo uno ni lo otro; que es del Evangelio, lo más arriesgado y peligroso en estos momentos de pensamiento único y adoración al placer, el poder y el dinero. Acaso nunca habría podido imaginar José María Castillo, como ha sucedido a otros teólogos oficialmente proscritos, que un papa llegara a leer sus libros, llamarle personalmente y revalidar su trabajo de conciencia profética en la Iglesia.

Algunos seguirán tachándole de radical, rebelde, herético y fracasado. Compañero tengo que lo ha calificado incluso de "loco". No importa.

También a algunos profetas que han permanecido dentro de la institución les ha pasado lo mismo. Recuerdo que el padre Arrupe se encontró en el servilletero del comedor de Loyola una nota en la que algunos compañeros inmovilistas le acusaba de que "un vasco fundó la Compañía y otro se la estaba cargando", y nunca olvidaré la humildad con que, medio paralizado por el ictus, me decía en su cuarto de enfermo de sí mismo: "Pobre hombre, ya no sirvo para nada. Pero yo lo veía claro, teníamos que dar ese paso; era algo muy hermoso, era algo de Dios". Se refería a la opción por la justicia de los jesuitas como una consecuencia vertebral de la fe. Hoy un centenar de miembros de la Compañía han dado la vida por esos valores. Vivió nueve años de martirio incruento e incompreensión. Hoy finalmente va camino a los altares. Como otros muchos que nunca obtendrán aureola y viven desde la fidelidad y el silencio su mejor contestación, ya que el trigo que se pudre en la tierra también es profecía.

Las comparaciones son odiosas. Pero somos muchos los que hemos vivido la conculcación de derechos humanos como los de libertad de expresión, de investigación teológica o de cátedra en la Iglesia. Dicen algunos que es ahora cuando finalmente un papa, con las limitaciones de una institución que se mueve con pasos paquidérmicos, está empezando a aplicar el Concilio Vaticano II. Eso también se debe a muchos años de sufrimiento y represión orgánica que estamos superando gracias a testigos y voces proféticas como la de José María Castillo. También él se refiere al final de estas hermosas páginas, escritas por cierto con un estilo fluido y asequible, a la esperanza en el futuro, siempre que destaquemos como imprescindibles "la oración y el seguimiento de Jesús". Disfrútalas, lector amigo. Se pueden resumir en su proyecto, que sintetiza en tres palabras: "creer en Jesús de Nazaret". Gracias, querido Pepe, por recordárnoslo en un momento tan revuelto y necesario.

Pedro Miguel Lamet